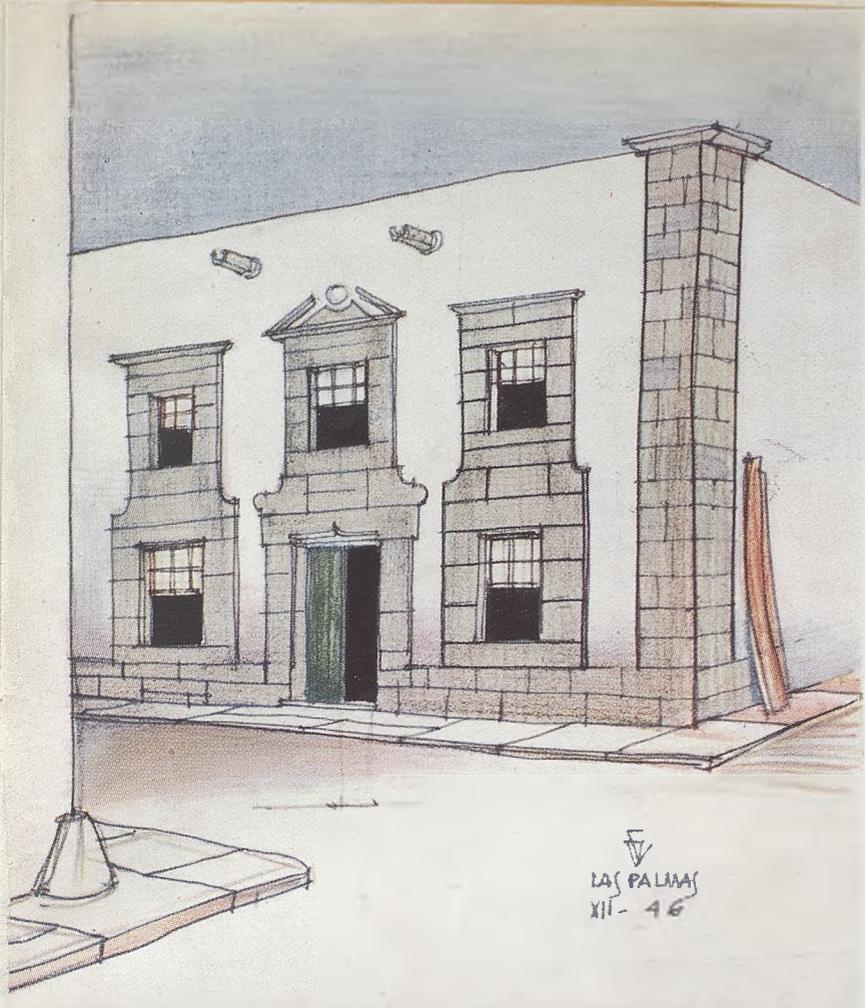


VISO DEL
MORQUÉS



APUNTES DE UN VIAJE A LAS ISLAS DE GRAN CANARIA

Si todas las regiones poseen siempre elementos arquitectónicos característicos que se deducen de su geografía o de su historia, las islas de Gran Canaria encierran tal riqueza decorativa que atrae y conquista al viajero que pisa por vez primera aquella tierra afortunada.

Al arquitecto le atrae siempre todo lo que con la vivienda se relaciona y en la isla de Gran Canaria se define perfectamente bien la original composición de sus fachadas y la nota decorativa de sus balcones de madera. Las fachadas se componen combinando los dos elementos fundamentales del país: la piedra y la cal. La piedra de Aruca, azulada o grisácea, según las zonas de cantera de donde se extraiga, se emplea en zócalos, jambas y cornisas, incluyendo siempre en una sola masa las ventanas de la planta baja y de la principal, únicas de que constan la mayoría de las casas.

La piedra se labra siempre de un modo primitivo y sencillo, no teniendo a veces otro detalle decorativo que el achaflanado de los ángulos y un dibujo geométrico de buena factura, finamente labrado en los dinteles de los huecos.

Consecuencia lógica del clima, las cubiertas inclinadas no existen, cubriéndose las casas con terrazas y azoteas, donde las escasas lluvias que caen salen al exterior mediante gárgolas de piedra o barro.

Los balcones decoran todas las casas, formados, o por repisas de piedra o por canecillos de labrada cabeza. La barandilla se compone, en general, de un zócalo de tablero moldado y sobre él una pequeña balaustrada, bien de barrotes torneados o de balaustres de madera recortada, con claras influencias peninsulares castellanas y montañesas.

Los balcones abundan como consecuencia lógica de la madera de los bosques y de una mano de obra esmerada. Punto crucial de rutas marineras, los astilleros crearon una artesanía naval de carpinteros de ribera, que construían muchas veces y reparaban siempre bergantines y goletas que atracaban a sus muelles con las quillas bordadas de espuma de los siete mares.

Los barrios viejos de la ciudad de Las Palmas conservan intacto el encanto de su trazado urbano, con claros antecedentes de aquellos planos que llevaban en su equipaje nuestros antepasados al fundar las nuevas ciudades en las tierras recién descubiertas de América.

Las calles conservan todavía todo el espíritu de nuestros conquistadores. Intimas y recatadas bajo un cielo limpio, destaca la blancura de sus casas y la nota de color de sus balcones. Y como telón de fondo, desde cualquier punto, el mar, ese mar maravilloso que siempre se contempla desde las islas afortunadas con los ojos cargados de nostalgias infinitas.

GONZALO DE CÁRDENAS.
Arquitecto.